

Tiempos negros

Edición y prólogo de Ernesto Mallo

Alicia Giménez Bartlett

Jenn Díaz

Lorenzo Silva

Alexis Ravelo

Eduardo Berti

Ernesto Mallo

Patrícia Soley-Beltran

Cristina Fallarás

Bernardo Fernández – Bef

Paco Ignacio Taibo II

Pablo De Santis

Espido Freire

Petros Márkaris

Anna Maria Villalonga

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Índice

Prólogo. Los hombres y sus circunstancias 9
ERNESTO MALLO

Cuentos difíciles 13
ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT

Tiempos negros

JENN DÍAZ 19
La niña Angelita
1900 – Sant Feliu de Llobregat, Cataluña

LORENZO SILVA 35
El verdadero crimen perfecto
1924 – Ain Grana, Marruecos español

ALEXIS RAVELO 51
El centro del olvido
1945 – Gran Canaria – 1975

EDUARDO BERTI 73
99 notas preparatorias para una novela
en torno al Maracanazo
1950 – Río de Janeiro, Brasil

ERNESTO MALLO 95
5 postales latinoamericanas
1966 – Latinoamérica – 1990

PATRÍCIA SOLEY-BELTRAN La bienhablada 1974 – Barrio Gótico, Barcelona	117
CRISTINA FALLARÁS La última del sanatorio 2002 – Calafell, Cataluña	143
BERNARDO FERNÁNDEZ – BEF Aquí el crimen no existe 2017 – Tokio, Japón	157
PACO IGNACIO TAIBO II Tlálolc 2017 – Nueva York	173
PABLO DE SANTIS La sospecha 2017 – Bariloche, Argentina	187
ESPIDO FREIRE Negocio familiar 2017 – Bergen, Noruega	195
PETROS MÁRKARIS Los tres caballeros 2017 – Atenas, Grecia	211
ANNA MARIA VILLALONGA Mala lluvia 2200 – Barcelona	227

Prólogo

Los hombres y sus circunstancias

La historia del mundo es un catálogo de actos de violencia y de accidentes. Está compuesta, en lo esencial, de guerras, de coronaciones, de deposiciones y de revoluciones que acto seguido han sido reducidas a la nada. Ante cosas tan odiosas, lo bello apenas tiene oportunidad.

ERWIN CHARGAFF

Hay momentos en que confluyen una serie de circunstancias que producen un resultado inesperado. Los accidentes, por ejemplo, son siempre consecuencia de un encadenamiento de hechos que desembocan no pocas veces en situaciones trágicas. Solo esos registramos, pero cada momento es el resultado de una serie infinita de hechos encadenados. Para que nos crucemos con una persona en la calle, a la que nunca volveremos a ver, tuvieron que darse una cantidad de situaciones que bien pueden tener su origen en el nacimiento del universo. Todo ello es imposible de controlar, imposible de prever. Sin embargo, si nos detenemos en cualquier momento de nuestras vidas y miramos hacia atrás con honestidad, veremos que todos nuestros pasos nos condujeron a este preciso instante. Podremos apreciar la consecuencia de una cantidad de decisiones que fuimos tomando por el camino, algunas de forma consciente, otras no, combinadas con cuestiones externas que las afectaron o condicionaron. Esto, que es verdad para los individuos, no lo es menos para las sociedades. La política ha demostrado su incapacidad para prever las consecuencias de sus decisiones. La vida demuestra a cada paso lo poco que controlamos todo. Desde los albores de la

humanidad hemos atravesado conflictos, guerras, epidemias, catástrofes, crisis económicas, el trabajo o la falta de él y tiranías de todo pelaje. Si bien han tenido un alto costo en vidas y sufrimiento, hasta el momento hemos logrado sobrevivirlos. Estoy convencido de que gran parte de este éxito es debido a que somos capaces de contarnos nuestras historias, de transmitirnos experiencias y de encontrar en la cultura los recursos necesarios para superar los momentos más terribles que nos toca vivir como individuos y como comunidades. Llamamos «Tiempos negros» a esos momentos.

Hay infinidad de definiciones de cultura, todas opinables, todas discutibles. La que a mí más me interesa propone que «cultura es la manera en que una comunidad o un individuo resuelve sus problemas». Y creo también que para resolver cualquier problema es preciso plantearse la pregunta adecuada. El arte y la literatura no tienen, a mi juicio, la capacidad de cambiar el mundo, pero sí tienen la de hacerlo evidente, la de ayudar a comprender la condición humana y la de enseñar a trascender las apariencias que se construyen mediante los discursos no literarios.

Esa es, a mi parecer, la importancia de este volumen. Hemos reunido aquí a autores muy valiosos que nos regalan su particular visión de las pulsiones y las pasiones humanas desde principios del siglo pasado hasta entrado el siglo XXII, además del texto de la gran escritora Alicia Giménez Bartlett sobre la dificultad que presenta escribir «negro».

Nuestro viaje comienza con Jenn Díaz, quien nos cuenta las andanzas de la pavorosa Enriqueta Martí, la célebre asesina de niños de Barcelona, desde la óptica de una de sus víctimas, sin recurrir al fácil recurso de la condena y la indignación.

Lorenzo Silva nos deleita con un relato ambientado en el Marruecos español sobre un crimen anunciado y perfecto en tanto no condenado por la justicia, pero sobre el cual el destino también tiene mucho que decir.

Con esa poética rústica, que sabe a óxido y desesperanza, y con el dominio del lenguaje de los bajos fondos que caracteriza su escritura, Alexis Ravelo desentierra un crimen que estuvo veinte años sepultado, envenenando la conciencia de quienes tuvieron que ver en ello.

Eduardo Berti nunca deja de sorprender. Una escritura novedosa, cargada de humor, una reflexión profundísima sobre el arte

de escribir y al mismo tiempo una trama que no podemos eludir. Sus 99 notas son en sí la estructura limpia de una novela policiaca (que esperemos algún día escriba), de los problemas que supone escribirla y, al mismo tiempo, una narración autónoma de gran inteligencia.

De mi propio aporte solo diré que son cinco relatos unidos por una nostalgia burlona de lugares a los que no se quiere regresar.

Patricia Soley-Beltran nos lleva de paseo por el barrio Gótico de Barcelona, zona plena de magia, de historias tremendas y recónditas mediante el soliloquio de una niña que le habla al lector, y lo constituye en su amigo invisible. Un viaje alucinado donde ver y pensar en las cosas que los mayores temen siquiera considerar.

Cristina Fallarás, tal vez la escritora más cruda y directa de su generación, que hace de la incorrección política su marca registrada, nos lleva en bicicleta a un *tour* por terribles recuerdos sepultados en un sanatorio abandonado de Calafell, poniendo en duda que tal lugar haya existido jamás.

Japón es un lugar que nos enfrenta a una manera diferente de concebir el mundo, la vida, el sexo, el trabajo, la ética y la estética. Y también un país con una de las tasas de criminalidad más bajas del planeta. Este escenario es el que eligió Bef, el autor y novelista gráfico mexicano, para poner en escena un asesinato. El cóctel incluye a una mala mujer rusa, un detective que jamás se ha cruzado con un homicidio y un fan irredento de *Star Wars*.

Dijo Salvador Dalí: «De ninguna manera volveré a México. No soporto estar en un país más surrealista que mis pinturas».

Paco Ignacio Taibo II nos hace cómplices de una delirante conspiración, tramada en Nueva York, que tiene por protagonista al mismísimo Benito Juárez. Se trata de encontrar la forma de hacer desaparecer, por razones estrictamente políticas, el monolito de Tlalolc de 168 toneladas de peso que adorna el paseo de la Reforma.

Pablo De Santis nos embarca en la investigación que pretende poner fin a una serie de atentados con cartas bomba. La minuciosa persecución de una sospecha en Bariloche, ciudad enmarcada en el paisaje de la Patagonia argentina, desviada por una historia de amor y otros accidentes naturales.

A veces nos asalta la idea de que existen mundos paralelos. Es así, no siempre lo advertimos, pero hay quienes viven en la legalidad y quienes lo hacen en la ilegalidad. Ese otro mundo tiene sus

leyes, sus códigos, sus odios y sus amores. El cuento de Espido Freire nos revela cómo ciertos personajes viven en el crimen con toda naturalidad, con toda familiaridad.

Pericles y Sócrates, bajo la mirada censora de Platón, deciden aventurarse por los barrios de Atenas a revolver en la basura de los ricos en busca de cosas que comerciar. La genialidad de la escritura de Petros Márkaris consiste en la tremenda carga simbólica de sus narraciones a partir de lo simple, de la sencillez, de lo cotidiano.

Anna María Villalonga nos propone un mundo muy *Blade Runner*, pero sin androides soñadores, o un Macondo planetario en el cual los humanos buscan un lugar seco, un lugar a salvo de sus propias pulsiones destructivas. Un futuro húmedo y sucio, en el que unos pocos tratan de hacer el bien.

La poesía, bien lo sabían los antiguos griegos, está en la base de toda creación artística. Sin ella no hay escultura, pintura, arquitectura, literatura. Sin la poesía no hay arte. Estos cuentos, tan distintos entre sí, tanto en estilo como en contenido o ubicación geográfica y temporal, tienen sin embargo un hilo conductor, algo que los une, además de la caracterización que le da el título de la antología. Es precisamente su vena poética. A partir de una premisa simple, cada uno de los autores ha conseguido imprimir a sus narraciones su marca poética, y encontrar lo bello en los tiempos negros. No es poco mérito si también destacamos que se trata de una lectura entretenida que recupera la posibilidad de leer por el simple placer de hacerlo. Todo lo que es fácil de leer, es difícil de escribir. Escribir simple es una tarea muy ardua, pero el fruto consiste, precisamente, en encontrarle la oportunidad a lo bello. En un mundo tan odioso, crear belleza es la forma de hacer una revolución que no puede ser traicionada. He aquí nuestro aporte.

ERNESTO MALLO

Cuentos difíciles

Escribir relatos es extremadamente difícil. No tanto como componer versos, claro está. Para la poesía necesitas haber nacido con un don especial; es el género menos democrático de la literatura, algo comparable a nacer guapo o nacer rico. Cualquier intento de apropiarse de ese rango que es más que habilidad, suele acabar en fracaso. El cuento no llega a tanto, eso es cierto. Sin embargo, gracias a mi veteranía he podido comprobar que hay autores a quienes les fluye el cuento de una manera natural y otros que sudamos tinta al acercarnos a él. Eso demostraría que para escribir relatos también hay que llevar una marca divina en el ADN.

La técnica es distinta a la de la novela, todos lo sabemos. Es necesaria concreción, inspiración, vocabulario escogido, capacidad de síntesis, cálculo exacto, tema abarcable y genio para dotar a la historia de un apropiado desenlace. Personalmente creo que son necesarias más cosas, incluso me atrevería a decir que la visión del mundo que tiene un escritor de cuentos no es la misma que la de un novelista. Intentaré explicarme con un ejemplo. Nos reunimos un grupo de cinco amigas, todas escritoras, al menos una vez al mes. Se da la circunstancia de que cuatro de ellas se especializan casi exclusivamente en la práctica del relato, siendo yo la única novelista. De nuestras comidas y cenas, bastante alocadas, siempre surgen proyectos literarios que nunca se hacen realidad. Hace poco decidimos escribir un volumen de relatos conjunto en el que abordaríamos, quizá para modernizarlo o desmitificarlo, el tema de *Mujercitas*, el célebre libro de la autora americana Louisa May Alcott. Probablemente llevadas por la euforia alcohólica, pensamos que esta vez la iniciativa no debía quedar en agua de borrajas. Allí mismo, en papeles separados y sin comunicarnos, bosquejaríamos el tratamiento que cada una desarrollaría en su cuento. Nos

pusimos manos a la obra y, unos minutos después, leímos en voz alta los resultados. La primera de mis amigas había pensado en meterse en la piel de la criada de la familia. La segunda reproduciría exclusivamente el regreso del padre al hogar. La tercera escribiría los pensamientos de Jo sobre sus hermanas, y la cuarta se centraría en Amy, contando un solo día de su vida. Solo una servidora había intentado malamente condensar TODO el argumento de la novela de una tacada. Una evidencia esclarecedora: el cuento precisa centrar el tiro y profundizar. Algo que no está en la naturaleza de algunos escritores.

De acuerdo, una vez puesta de relieve la dificultad del género, vayamos a una especificación que complica las cosas todavía más. Si el relato lleva la etiqueta del *noir*, del policíaco, del *thriller*..., como ustedes gusten llamarlo, entonces la empresa se convierte en una proeza frente a la que es conveniente encomendarse a Dios. La novela policíaca tiene unas reglas estrictas, que se pueden subvertir muy poco. Para empezar, es imprescindible un crimen cuyo autor desconocemos y a partir de ese interrogante, el consabido *Who did it?*, el escritor plantea toda una investigación. El final no solo consiste en desvelar quién es el asesino, sino en sorprender al lector, al que previamente habremos inquietado, despistado, reconducido, enclavado y posteriormente puesto de frente ante «la realidad». ¿Cómo hacer todo eso?, ¿cómo desencadenar en quien nos lee tantas emociones, dudas e interés cuando tenemos el espacio tasado? En una novela de ilimitada longitud, contamos con el estudio de personajes, con la ambientación, con los indicios que se van sembrando estratégicamente aquí y allá, con las pistas que apenas se notan, con el *crescendo* de las pesquisas, con los datos que unas veces se hurtan y otras se sugieren: ¡todo un espacio de posibilidades en las que el autor juega con el lector porque este se ve impelido a jugar! Cuando se intenta provocar esa ristra de sentimientos y pensamientos en la mente de otro en un número determinado de páginas, hay que estar muy seguro de las cartas que llevas en la mano y hacerlas aflorar de manera milimétrica. ¡Por no hablar del desenlace! ¿Cómo se logra haber generado en el lector la ansiedad suficiente? ¿Cómo haberle dado las señales necesarias para que tenga sus barruntos de quién es el culpable? ¿Cómo sorprender sin dañar la verosimilitud? ¿Cómo hacer creíble el móvil del crimen? Un follón, créanme.

¡Qué difícil es escribir relatos! Y todo para que luego vaya el editor y te diga que en España los libros de cuentos no se venden bien. No hagamos ni caso. Tenemos en las manos un ramillete de espléndidos ejemplos de cómo el talento puede sortear cualquier dificultad. Yo solo he querido contribuir a señalarle al lector que la cosa tiene más intrínquilis del que puede pensarse. Y poco más.

ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT